

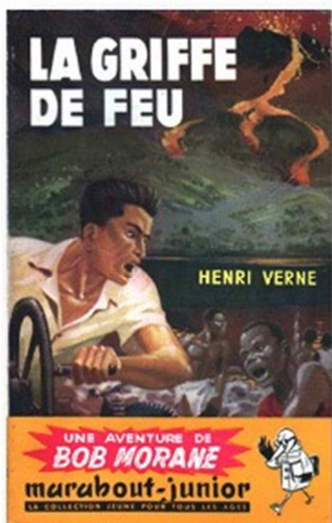
## La garra de fuego

Estoy mirando una vieja fotografía que he encontrado en Internet. La foto representa el patio de recreo del colegio Saint Servais en Lieja. Ahora trabajo allí como profesor de francés. A la izquierda está la sala de teatro y también el acceso a la capilla, a la derecha están las aulas, a las de arriba se accede por una escalera exterior. Probablemente la foto fue hecha desde allí a la salida de clase.



Durante el intervalo, a media mañana los alumnos salen al patio para el recreo, con sus gritos constantes y ensordecedores que impiden cualquier tentativa de conversación. Los chicos corren, se persiguen entre ellos, organizan juegos..., en definitiva, se descargan, a nadie le interesa la tranquilidad en ese momento.

Me acuerdo de un día, cuando era alumno de esta misma escuela, que estaba buscando a mi amigo Robert. Hacía algunos días que no lo veía en el recreo. Por fin lo encontré, estaba sentado en el suelo apoyado en la pared del pasillo que conducía a la entrada de la capilla. Estaba leyendo un pequeño libro de bolsillo en cuya portada se veía un río de lava en forma de garra que bajaba



hacia un lago. El protagonista daba vueltas a la rueda de una maquina y daba órdenes desesperadas a un equipo de africanos asustados. Pensé que se llamaba Bob Morane, el nombre de la colección de la editorial *marabout-junior*. El libro se titulaba *La garra de fuego*, todo en él me atraía.

Me asombró ver a mi compañero con sus pantalones cortos y sus calcetines altos (todos los llevábamos en esta época) completamente absorbido por la lectura de su libro hasta tal punto de huir del recreo. Le pregunté qué estaba haciendo pero me respondió bruscamente que lo dejara leer tranquilo. Aún más intrigado, al día siguiente, pasé por una librería y me compré ese libro que costaba unos 5 francos. Me lo devoré en el mismo día así

que me fui a comprar otro de la misma serie. Desde ese momento nunca he dejado de leer, cuando termino un libro empiezo inmediatamente otro.

Con un poco de nostalgia me dirijo hacia el famoso pasillo que lleva a la capilla, quizás sorprenda a algún chico o chica fumando o chateando con su smartphone, hoy el colegio es mixto. Descubro a una chica, ella también está sentada en el suelo apoyada en la pared. Lleva unos vaqueros y una camiseta. Está leyendo en la pequeña pantalla. Quizás esté en Facebook, pero el movimiento del pulgar va de derecha a izquierda.

Le pregunto:

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy leyendo—me responde.

—¿Qué lees? —pregunto sorprendido.

—*La garra de fuego* de Henri Verne, lo empecé ayer. A mí me gustan los libros de aventura, además este Bob Morane es guapísimo.

## **ECFRASIS NÚMERO 1**

**Estudiante de español**



### **Cecilia y Max, historia de una gran amistad**

Érase una vez, Cecilia, una niña que tenía grandes ojos azules y pelo rubio corto liso.

Ya de niña los médicos le habían encontrado una rara enfermedad que no le permitía salir, correr ni jugar como los demás niños.

La madre para animar a la niña de los muchos días pasados en el hospital, la llevó a una tienda de mascotas, la niña estaba contenta de ver tantos cachorros y su opción fue un pequeño gatito, marrón y a rayas. La cosa que le atrajo fueron sus grandes ojos marrones, tan expresivos y vivos, tanto que cuando lo cogió, a su madre le parecieron muy similares a los de su hija y cómplices.

La niña estaba muy feliz de cuidar de su gatito y lo llamó Max. Hacían todo juntos y todas las noches antes de acostarse, el gato en secreto, le hablaba y le contaba unos cuentos fantásticos y también lo que veía cuando salía por la ventana de la casa para vagar por el barrio. Así que ella podía soñar también no pudiendo salir. Se dio cuenta de que su gato era especial y le dio la fuerza para reaccionar.

Cecilia creció, a pesar de que su enfermedad no había escatimado sufrimiento y largos periodos de hospitalización. Empezó un nuevo capítulo de su vida, con su perseverancia terminó sus estudios y comenzó a comunicar con chicos conocidos en la red, como si su ordenador fuera su ventana ante el mundo y algunos de ellos vinieron a verla, como su amigo peludo Max que le estaba siempre cerca y ahora un poco más viejo permanecía más a gusto en su cama para ser mimado.

### **ECFRASIS NÚMERO 2**

**Estudiante de español**

## Abuelos



El día en el que el abuelo Luis vino a vivir con nosotros yo tenía cinco años y todavía no sabía leer. Sentada en mi silla de ruedas, bajo los árboles de nuestro jardín, miraba los dibujos del libro que el abuelo me había regalado para Navidad y que nadie, hasta aquella tarde, me había leído. Las voces lejanas de mi hermano y sus amigos que jugaban en el jardín, y las de mis padres que cuidaban los macizos de flores, junto al gran calor veraniego, me hicieron dormir. Soñaba que yo misma estaba leyendo mi precioso libro navideño cuando la delicada caricia de una mano me despertó. Era mi abuelo que me miraba sonriente.

-Abuelo, abuelo por fin has llegado. ¿Puedes leerme el libro, el que me regalaste para Navidad? – le pregunté impaciente, como solo las niñas pequeñas saben hacer.

-No, no te contaré la historia. ¡Haré algo mejor! Te enseñaré a leer y a escribir. Tendrás que estudiar mucho, pero dentro de unos meses serás tú quien me leerás ese libro. Si quieres empezamos ahora; dejo la maleta en casa y vuelvo enseguida.

Y sin esperar mi respuesta, el abuelo entró en casa. Pero, unos minutos después volvió con una mochila que puso en el banco que estaba a mi lado. Sacó un libro, un cuaderno y un lápiz:

-Bien, vamos a empezar. – dijo sentándose.

Así empezaron las clases diarias de lectura y de escritura. El abuelo era muy paciente, me explicaba muchas veces cómo tenía que hacer para escribir y para leer las letras. La impaciente era yo porque las letras seguían siendo misteriosas.

-Paciencia, niña, paciencia. Tienes que hacer muchos ejercicios para aprender. Y una vez que lo habrás aprendido te aseguro que nunca lo olvidarás. – me decía con su voz profunda.

Los días pasaron de prisa, el abuelo seguía enseñándome el misterio de la lectura, yo hacía siempre mis deberes, pero no aprendía nada. O, por lo menos, era lo que yo creía, hasta que una tarde que estaba sola en el jardín, abrí mi libro y, de repente, me di cuenta de que leía las palabras que estaban escritas en la primera página. A pesar de lo difícil que era, sabía leer, había descubierto el maravilloso secreto de la lectura.

Grité para llamar al abuelo que en aquel momento estaba echándose la siesta, ya que quería informarlo, pero él no se despertó. Entonces, decidí hacerle una sorpresa: como al día siguiente era su cumpleaños pensé que el mejor regalo que podía hacerle era el de escribirle una tarjeta de felicitaciones y leerle una página del libro. Y creo que eso fue el mejor regalo que recibió aquel día. Y ahora yo estoy aquí en mi jardín, en el mismo lugar donde mi abuelo me dio clases, esperando a mis nietos para enseñarles a leer y a escribir: ¡la historia se repite!

### ÉCFRASIS NÚMERO 3

Estudiante de español



## Cómo aprendí a leer



Soy la hija de una profesora de italiano y creo que la lectura fue parte de mi vida desde antes de mi nacimiento. Cuando no come o no hace otra cosa, mi madre tiene un libro en una mano y un lápiz en la otra para subrayar las frases más importantes para ella. Así que crecí leyendo un cuento todas las noches, pero ahora creo que en ese momento era solo una forma de conciliar el sueño más que una necesidad, algo no muy diferente de contar ovejas o del rezo mecánico de las oraciones.

Tenía doce años cuando mi actitud hacia la lectura cambió.

Era un día de verano y yo estaba en la casa de mi abuela en un pueblo de Calabria, un clásico pueblo del sur de Italia, donde hay pocas casas, ninguna tienda y un solo panadero que vende artículos de primera necesidad. Mucha gente cree que es un lugar olvidado de Dios. Para mí si Dios quisiera vivir en la tierra iría allí abajo. Hectáreas de olivos, naranjales y campos de trigo animado por campesinos y agricultores durante el día y sonido en el silencio y en la cálida luz de la tarde.

Ese día yo estaba en el campo con mis primos y jugábamos al escondite. Yo había elegido un pequeño establo para esconderme. Al principio yo estaba contenta porque nadie había venido a buscarme en ese sitio. Después de algún tiempo no podía oír a mis primos reír o correr así que decidí salir de mí madriguera para ir a buscarlos. Estaba aterrorizada cuando traté de abrir la puerta y me di cuenta de que la cerradura estaba atascada. Comencé a golpear la puerta de madera y a llamar a mis primos, a mis padres y a mis abuelos pero nadie me escuchó. Tenía miedo, me apoyé en la pared de madera y empecé a llorar. A un cierto punto sucedió algo. Seguí con los ojos los rayos del sol que entraban por la ventana e iluminaban algo debajo del heno. Era un libro. *Mujercitas* de Louisa May Alcott. Tomé el libro y empecé a mirar fijamente el dibujo de la portada: cuatro niñas cerca de su mamá. Me puse muy contenta porque ya no estaba sola: las hermanas March estaban conmigo. Empecé a leer la historia y a ponerle cara a Meg, la más responsable de las hermanas que se enamora de John Brooke, el tutor de Laurie, su vecino; o para

Beth, una chica tímida a la que le gusta tocar el piano. Imaginaba como podría responder la vanidosa Amy en continuo conflicto con su hermana Jo, mi favorita, de carácter masculino y fuerte y con un ferviente deseo de convertirse en un escritor. Pasaban las horas sin que yo me diera cuenta. Me gustaba la historia y los personajes se estaban convirtiendo en íntimos.

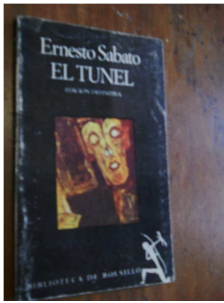
Estaba leyendo atentamente cuando mis padres abrieron la pequeña puerta de madera de mi escondite. Estaban preocupados porque no me habían visto volver con mis primos e inicialmente mi madre me regañó pero luego me abrazó y se sentó en el suelo a mi lado. Ella vio que estaba leyendo su libro favorito y que había perdido cuando era niña. Me lo dio y en la primera página me escribió una dedicatoria: 'Que este libro sea para ti lo que fue para mí, una llama suave capaz de calentar tu corazón cuando te sientes desconsolada y de señalar tu camino'. Así fue ese día y así fue todos los días de mi vida. Cuando me siento sola y triste pienso: '¿Que haría Jo o Beth o la pequeña Amy?' y de repente sé qué tengo que hacer.

Regresé casi todas las tardes a mi escondite en el campo para terminar la lectura de *Mujercitas* y para empezar la lectura de otros libros que me han ayudado a ser quien soy hoy.

Creo que la lectura fue parte de mi vida antes de mi nacimiento pero sólo a partir de esa tarde de verano realmente empecé a leer.

#### **ÉCFRASIS NÚMERO 4**

**Estudiante de español**



## El túnel municipal

— ¡Cállense! ¡Viene alguien! —gritó una de ellas, por encima de la voz las demás funcionarias.

La pequeña Biblioteca Municipal de Luque parecía un aquelarre. Yo estaba parado frente a un grupo de mujeres que, luego del alarido de aviso de una, habían girado la cabeza para mirarme como si fuera un visitante

extraplanetario.

Poca gente acudía a ese lugar. La mayoría eran estudiantes de secundaria —como yo en aquel tiempo— que iban a la búsqueda desesperada de algún insumo para sus trabajos prácticos, hechos casi siempre a última hora.

Sabía que, en general, los funcionarios de la Biblioteca eran ajenos a la tarea cultural. Eran, más bien, los residuos de la burocracia que habían sido enviados a realizar la aburrida tarea de administrar un lugar en donde la gente, muy de vez en cuando, iba a hacer esa cosa aún más aburrida que es leer.

—Hola. ¿Puedo mirar entre los libros? —pregunté con timidez.

Se miraron entre ellas, como esperando cada una que la otra respondiera. La mujer que las había silenciado me dijo que sí, que podía mirar lo que quisiera. Y volvieron a embutirse en ese hablar atropellado y encimado que habían estado practicando antes de que yo llegara.

Era una mañana de otoño de 1998. Empecé a hurgar en los exiguos anaqueles, un tanto escéptico con respecto a la posibilidad de encontrar algo de buena literatura. Entre dos libros de Octavio Paz, había uno de Ernesto Sábato. Extraje el volumen: era uno de tapa negra que reproducía una pintura en donde una figura, aparentemente humana, dejaba ver la cuenca vacía de sus ojos. Era *El túnel*. Había oído hablar de la novela antes, pero no había tenido la oportunidad de cobijarlo en mis manos. Me senté frente a una de las mesas de lectura, traté de borrar con la radicalidad de la indiferencia más cortés el murmullo incesante de las funcionarias, y de un tirón leí las poco más de ciento cincuenta páginas de la novela.

Algo abismal y desértico había descubierto en mí después de la lectura. Ese libro hablaba de hombres y mujeres, de celos y arte, de vida y muerte, de amor y odio, como casi todas las novelas que en el mundo han sido, pero era la primera vez —sí, la primera vez, a mis diecisiete años— que un libro me interpelaba en lo más profundo de mi condición humana, demasiado humana y recluida en su propia cárcel juvenil.

Cerré el libro con cierto sentimiento de redención. Me levanté para irme, sin despedirme. Cuando estaba a punto de salir, di vuelta sobre mis pasos y caminé hacia el grupo de funcionarias. Me paré frente a ellas. Todas me miraron. Creí ver en el rostro de la mujer que había anunciado mi entrada un dejo de conmiseración. Yo, de todas formas, ya no era el mismo que había llegado dos horas antes. Les dije:

—En todo caso, había un solo túnel, oscuro y solitario: el de ustedes.

Y me marché.

**ÉCFRASIS NÚMERO 5**

**Lengua materna: español**

## Los ángeles me llaman a leer



Era este servidor un adolescente unos catorce o quince años de edad, cuando comenzó mi verdadero interés por la lectura. Cierta tarde de sábado o domingo en que no tenía demasiado que hacer, revisaba con curiosidad las pertenencias que algún pariente había dejado sin uso en un rincón de aquella habitación en la que yo residía dentro de la casa de mi abuela. Había algunos libros sucios y con faltante de páginas. El olor a viejo y polvo era muy intenso. De repente; casi de último, topé con un tomo muy grueso, de muchas hojas y una dura cubierta, titulado “El Paraíso Perdido” del escritor inglés John Milton, cuya existencia ni siquiera imaginaba. Para ser sinceros, el título del libro no fue lo que me llamó la atención, sino que cuando lo levante del suelo, se abrió por la mitad y vi una imagen de una guerra en el cielo, ángeles peleando contra ángeles, con espadas y escudos, como si fueran soldados. Por una sincronía del destino desde unos días atrás ya venía soñando y pensando en ángeles, y al descubrir este libro, sentí que se me entregaba una respuesta divina. Rápidamente tomé una tela cualquiera, quité todo el polvo de aquel tesoro, y por primera vez en mi vida empecé a leer un libro con verdadera curiosidad y desde el principio. En aquel entonces creí que ese libro me presentaba las respuestas a mis inquietudes filosóficas acerca del más allá y el mundo supremo, pero hoy en día me doy cuenta de que la función en mi vida de aquel bendito libro, fue simplemente la de introducir en mi alma el gusto por la buena lectura. Esa obra fue para mí como el agua para alguien que tiene varios días en el desierto. Al terminarlo, me agrado tanto la experiencia de leer con un interés real, que definitivamente tenía que repetirlo, y así comenzó mi adicción a los libros menospreciados, a esos libros que tratan temas espinosos, a esos libros cuya portada no promete demasiado. Soy muy selectivo a la hora de leer, no me interesa nada que tenga gran éxito comercial, ni que este a la moda, no leo porque los demás lo hacen, yo leo porque los mismos ángeles, a su forma me invitaron a hacerlo. En un libro llamado El paraíso perdido, yo encontré el paraíso mismo, el cual es sencillamente llenar mi cabeza de historias y conocimiento valiosísimo, que algún hombre o mujer con mentalidad cercana a los dioses ha dejado para la posteridad.

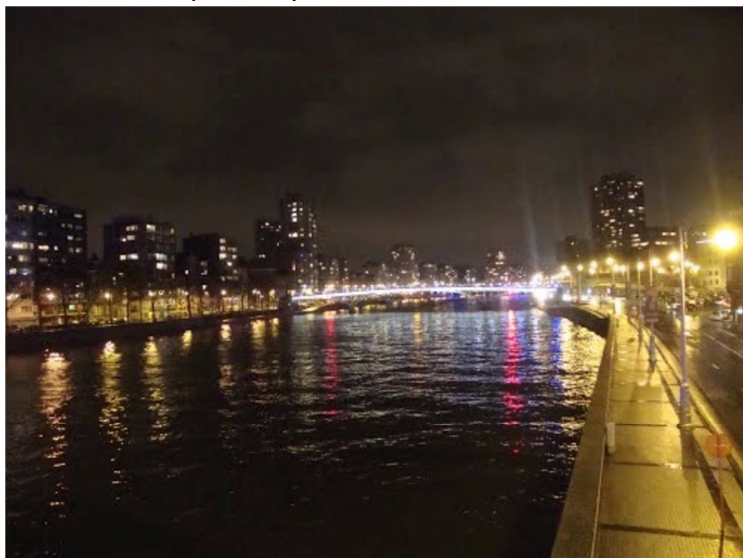
### ÉCFRASIS NÚMERO 6

Lengua materna: español



## Soledad

Tiene el pelo sucio, camina despacio con una bolsita de plástico apretada contra el pecho. Se dirige hacia el contenedor de basura, levanta la tapadera y con precaución deposita el paquete. No cierra la tapadera y se marcha sola, terriblemente sola.



El Mosa está negro, Julia camina con dificultad por la orilla del río hacia el barrio *La Batte*. Lleva unos tacones y la minifalda que utiliza para trabajar. Llovizna, una lluvia que te cala hasta los huesos. De repente un grito en la noche, un gemido, un gemido desgarrador. Julia se detiene, se da la vuelta, espera un instante interminable. Sin pensarlo dos veces se quita los zapatos y se echa a correr hacia el contenedor. Casi sin aliento, recoge al bebé que llora cada vez más

fuerte. Lo aprieta tiernamente contra su pecho e intenta calmarlo meciéndolo, pero el niño no para de llorar, busca el pezón a través de la camisa. Julia se la desabrocha, el pequeño empieza a mamar desesperadamente.

Le acaricia dulcemente la pequeña cabeza y piensa en todo lo ocurrido hasta ahora. La fuga de San Leo en Calabria con Paolo, que le había planteado una vida mejor en Bélgica donde él vivía. El maravilloso viaje en coche. Y después el infierno. Las palizas de Paolo cuando no traía bastante dinero. Improvisamente se quedó embarazada pero no le dijo nada y cuando él se dio cuenta, era demasiado tarde para abortar. Se enfadó muchísimo y gritando le dijo que tenía que seguir trabajando que a los hombres le gustaban las mujeres embarazadas. No quería saber nada de ese bebé que para él ni siquiera existía. Esa tarde dio a luz en su cuarto de baño con la ayuda de Anna su amiga que le había aconsejado que se pusiera en cuclillas. El bebé salió con facilidad. Lo metieron junto a la placenta en una bolsita de plástico sin decir una palabra. Julia se despidió de su amiga, no quería pensar, se llevó el paquete con ella para dejarlo en un contenedor donde esperaba que alguien lo encontrara.

El pequeño, ya saciado, se queda dormido. Ha dejado de llover, Julia lo arroja con el jersey que tiene en su bolsa, se arregla la ropa y se lleva al niño en brazos con la bolsita. Camina a paso rápido para volver a su casa. Cruza el río por la pasarela. No tiene mucho tiempo, si Paolo llega y no la ve irá a buscarla.

Sube a la casa que comparte con Anna, una buhardilla en el cuarto piso. Anna también trabaja para Paolo. Una vez allí se arranca la minifalda, se recoge el pelo en un moño y se pone vaqueros y zapatillas de deportes. Con los cordones de éstas hace dos nudos para apretar muy fuerte el cordón umbilical que une todavía al bebé con su placenta y lo corta en dos. Luego lo envuelve como puede con su ropa. Echa el resto en una maleta. Mira un momento pensativa la habitación y coge el libro *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne. Se lo había regalado un cliente.

Media hora después está dentro de un coche con destino a Bruselas, una señora la ha recogido en auto stop. Sigue estando sola pero decidida.

## **ÉCFRASIS 7**

### **Estudiante de español**

#### **Exploradora de lugares improbables**



Estábamos al principio de los años sesenta, la Segunda Guerra Mundial había terminado hacia solo quince años. Italia estaba en pleno auge económico, corriendo hacia la industrialización, la modernidad y un futuro luminoso, pero culturalmente la vida en la provincia seguía bajo el dominio del Vaticano y de las viejas supersticiones y costumbres.

Bajo ese esquema de pensamiento, las niñas teníamos que ser educadas de manera diferente que los niños. Tuve que aprender a leer sola, porque las monjas de la escuela materna estaban demasiado ocupadas en pegarnos. Y nunca tuvieron tiempo para enseñarnos algo que no fuese el bordar. Nos aterrorizaban todo el tiempo con el pecado original, el Apocalipsis, el día del Juicio Final y no se cuantos otros hechos horribles más, que seguramente sucederían por culpa nuestra.

A mediodía teníamos que estar congeladas como merluzas y calladas como heroínas del cinema mudo. Las monjas nos controlaban y pretendían hacernos comer por completo esos charcos de verduras que ellas se obstinaban en llamar menestra.

Después de la “no comida” nos obligaban a sentar en tumbonas reclinables, provenientes de unas playas remotas y nos encerraban en un cuarto oscuro. Se suponía que durmiésemos una hora para que no las molestásemos mientras que ellas tomaban su siesta. Y fue allá, en esa playa irreal donde yo empecé a leer escondidas, un alivio de libertad con maravillosas aventuras de piratas en un océano que nunca había visto, hasta que los ojos me se pegaban de sueños.

Con frecuencia, imaginaba cambiar los finales de las historias que leía. Me gustaban, sobre todo, las historias en las cuales el protagonista exploraba regiones del mundo que no existían, con nombres improbables y que, con nostalgia, me doy cuenta que nunca más podré visitar.

## **ÉCFRASIS NÚMERO 8**

### **Estudiante de español**

## Un beso en el recreo



Tengo 16 años, estudio en una escuela en el centro; vivo con mi padre Antonio, que pinta casas, y mi madre Luisa, que asiste a una casa a limpiar. Yo estudio bastante, me gusta mucho leer, los libros son mis amigos, no se meten conmigo y no se ríen nunca de mí. Quiero aprobar todo para tener el verano libre y poder trabajar de camarero.

Pedro, tiene 16 años como yo, es muy guapo y estamos saliendo desde hace dos meses, nos lo pasamos muy bien juntos, ya se lo he dicho a mis padres; a ellos les parece muy bien. Nos gusta mucho el fútbol aunque somos de distintos equipos, a mí me gusta el Madrid y a Pedro le gusta el Atlético, solemos ver los partidos los sábados en la tele y después salimos a dar un paseo o vamos al cine. A él también le gusta mucho leer, Pedro tampoco ha tenido muchos amigos y dice que leyendo siempre estás en buena compañía.

Este fin de semana me ha dicho mi madre que puede venir a casa a comer con nosotros y así pasar la tarde juntos, creo que puede ser divertido, le puedo enseñar fotos antiguas y jugar con la consola.

Estoy muy feliz y en este momento solo necesito una cosa: poder darle un beso en el recreo como hacen mis compañeras y compañeros de clase con sus novios. Yo no puedo hacerlo, me lo ha prohibido mi profesor, dice que es inmoral, que me pueden expulsar del colegio, que es una vergüenza.

No lo entiendo muy bien y tampoco sé qué es lo que le molesta a este profesor de mí. Mis padres están molestos con el colegio y el director nos ha dicho que en las afueras hay una escuela que acepta alumnos raros, con psicólogos para curarnos.

He hablado con Sandra, es una amiga del colegio a quien le gustan las chicas pero no quiere que lo sepa nadie. Sandra es muy buena estudiante, se pasa la vida sola en la biblioteca leyendo pero siempre está muy triste, su secreto solo lo sé yo. Ella me ha propuesto que seamos novios, ha leído en un libro que muchas personas se casan antes de pasar vergüenza. Quiere que los demás nos vean como ellos y que dejen de reírse de nosotros.

Los libros no te juzgan, no se ríen de ti, la lectura nos enseña a comprender, nos da la voz. Yo confío totalmente en ellos, como en mis padres, que casi no tienen estudios pero han leído mucho y esto les ha ayudado con el miedo a la diferencia, miedo a lo que dirán y sobre todo a confirmar que un hijo homosexual no es un enfermo.

Sandra, creo que es mejor leer libros, ellos nunca nos miran mal.

“Solo quiero darle un beso a Pedro en el recreo”.

## ÉCFRASIS NÚMERO 9

Lengua materna español

## La Wilmer



No es común tener una máquina de coser en la cocina. Pero ahí estuvo la Wilmer durante mi infancia y sigue estando y funcionando, en la casa de mis abuelos. Es la joya de mi abuela, la Wilmer grande. La pequeña se rompió hace años: era una máquina transportable, de esas que se movían dando vueltas con la mano a una rueda lateral – y por eso la llamábamos Bartali. La Wilmer de la cocina se movía con un pedal, cuando el pedal estaba. A veces se encontraba desmontado. Desmontado por mí, eso es. A los 2 años me enamoré locamente de la Wilmer y de la caja de los destornilladores. A los 3 años sabía desmontar cada pieza de la Wilmer pero tenía algún problema para volverlas a montar. A los 4 años mi abuela no aguantó más: me quitó de las manos todos los destornilladores de la casa y del garaje. En cambio, me consignó con cierto orgullo un libro. Era una terrible novela de amor de su escritora favorita, Liala. No me gustó. Mi único amor eran los tornillos y los engranajes de la Wilmer. Entonces mi abuela pidió ayuda a nuestra vecina, profesora de italiano en primaria. La vecina llegó con una versión facilitada de las fábulas de Esopo. Siguió una antología de cuentos de hadas. Y siguieron otras tantas aventuras, yo sentada a lo indio en el suelo, mi abuela vigilando desde lo alto de la silla a mi derecha mientras con el pie le daba al pedal de la Wilmer. El latido metálico de la Wilmer fue la banda sonora de las aventuras de Pippi, de Tom Sawyer, del Barón Münchhausen, de los héroes de la Iliada. A los 18 años me matriculé en una carrera de literatura y no de ingeniería, como creía mi abuela. A los 30 sigo leyendo, a veces sentada en el suelo, a lo indio, pero sin la Wilmer. Esa la sigue utilizando mi abuela, pero cuando ella ya no estará me la llevaré a mi piso y le haré un hueco en mi dormitorio, aunque el dormitorio no es un sitio muy común para albergar una máquina de coser. Pero ahí pondré la Wilmer y daré con el pedal, para volver escuchar su latido metálico mientras leo, antes de acostarme por las noches.

**ECFRASIS NÚMERO 10**

**Estudiante de español**





Fue un enorme palacio che tenia jardines pensile, un oasis en el centro de la ciudad de Catania (Sicilia), porque no confinaba con nadie.

El verano en Sicilia es tórrido pero el palacio de los Principes Manganelli, con sus techos altos de mas de 4 metros y con las ventanas entornadas, ofreseba un válido alivio contra aquel calor abrasador que con el viento del sur se volveba insoportable.

Yo tenia 7 anos y “ La isla del tesoro “, un libro che me habia regalado la Princesa Madre unos días antes, me excitaba, sobre mi escriptorio, con la imagen de un bàul lleno de joyas, recubrado en una playa.

La sed ardiente me hizo darme cuenta que yo no seria salido por toda la tarde, así que tomé el libro y empacé a hojearllo lentamente, parandome sobre las immagine de piratas y barcos listos a el ataque.

Acì yo comencé a leer mi primer libro.

De las altas ventanas semiserradas, penetraba un ruido intermitente de motocicletas que atravesaban la plaza, cabalgados con la esperanza de mover el aire humedo, que yo sentiba nuncP porque las piedras pesadas de el Palacio , construido 500 anos antes, protegaban de calor y ruido.

A 7 anos no comprendia Stevenson y las ambigüedades de la moral de Long John Silver.

Ahora es màs facil comprender Jack Sparrow cuando, en el “Pirata de los Caribe” se presenta en su calidad real de delincuente, afirmando que no hay que fiarse de una persona que quiere aparecer lo que no es.

Y ahora que tengo 69 anos y abito en un bosque, con una silla comoda y ligera, frecuentemente elegio un lugar sombreado, ventilado y con una optima acustica que me permite de escuchar la musica de la naturaleza.

En este lugar yo he empezado de nuevo a leer Stevenson y a viajar con el sobre su magnifico barco de tres arboles.

## **ÉCFRASIS NÚMERO 11**

**Estudiante de español**

## Todos buscamos la fábula, pero siempre elegimos la locura

Empecé a leer cuando era una niña.

Pues...a decir verdad, mi padre empezó a leer para mí.

A menudo, después del almuerzo del domingo, se iba a la cama para dormir la siesta, y yo con él.

Sin embargo, yo estaba rebosante de energía y no podía estar tranquila un momento.

Entonces mi padre empezaba a leer “El gato con botas”, mi cuento preferido.

Yo quedaba encantada por su voz y por la historia, pero el sueño no llegaba...

Y siempre acababa así: en pocos minutos él dormía, y yo me levantaba y vagaba por casa.

No sabría decir cuando los libros han iniciado a tener un sabor particular para mí, porque en realidad, solamente mi madre sabe que me costaba leer cuando tenía que repetir la misma pieza varias veces mientras ella planchaba y yo hacía los deberes para la escuela.



Sin embargo, en los momentos particulares de mi vida, un buen libro siempre me ha ayudado.

Para encontrar la serenidad, para reír, para recuperar mi verdadera personalidad o cuando deseaba vivir una hora en un mundo todo mío.

Esta es la magia de los libros: dan consuelo y regalan aquella bocanada de aire que tanto necesitas en algunos momentos.

Y la bocanada de aire más fuerte me la ha regalado “El Alquimista”, mi libro preferido.

Aire. Como el aire que, hace algunos días, acariciaba mi piel a la luz del sol templado que se sumergía en el mar, listo para descansar después haber calentado el mundo un día entero.

Mientras el sol cumplía su trabajo cotidiano, yo comprendía que prioridad tenía en mi vida. Precisamente allí, en la orilla del mar, leyendo “El Alquimista”.

A lo mejor, es verdad que la ley que gobierna el

mundo es la ley de atracción.

Atracción para nuestras ambiciones, atracción por las personas que nos gustan, atracción por la vida.

Aquella atracción que te ayuda a cumplir tu destino, a encontrar tu camino.

Es que todos seguimos la atracción y el instinto.

Todos buscamos la fábula, pero siempre elegimos la locura.

Y lo hacemos solamente por un motivo: porque estamos atraídos de lo que estamos destinado.

## ÉCFRASIS NÚMERO 12

Estudiante de español

## El color de las palabras



Cuando yo era una niña de 3-4 años, por la noche, mis padres tomaban un libro de cuentos de hadas. Este libro se presentaba lleno de dibujos acompañados por algunas frases; y cuando mis padres empezaban contarme una historia, yo empezaba a soñar. Lo que me encantaba del libro eran si los dibujos, pero también aquellas palabras que coloraban los dibujos; aquellas palabras que salían del libro, volaban por el aire y se apoyaban suavemente entre mi cabeza y mi corazón. Ya que la historia avanzaba, yo siempre veía aquel libro abierto, pero nunca entendía como mi padre o mi madre conocían el momento perfecto para girar la página y continuar la historia. Como lo sabían?

- "¡Está escrito aquí! ¿Ves a las palabras?"

Y yo las veía, pero no entendía lo que significaban.

Un gran problema.....

Así que decidí que para mi supervivencia, aprender a leer era FUNDAMENTAL..

Muchos libros han pasados por mi vida pero, como que los libros son mágicos, mágicos como los cuentos de hadas, creo que el mejor libro sea el que aún tengo que leer...

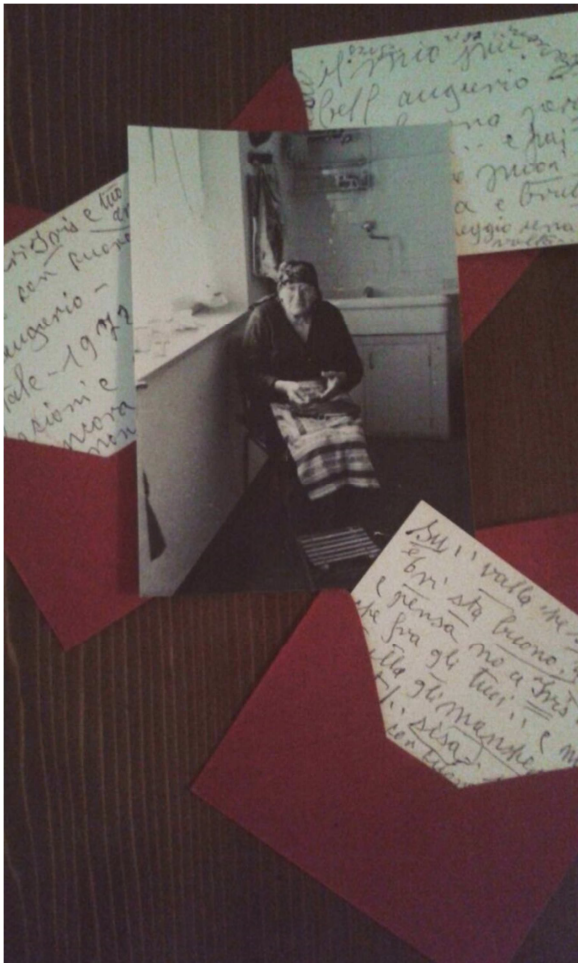
## ÉCFRASIS NÚMERO 13

Estudiante de español

## Una historia de amor y de dolor

En aquellos inacabables veranos de los primeros años 50, yo vivía con mi abuela en una casita en el centro del pueblo. En la cocina fresca y oscura, a menudo la admiraba escribir con pluma y tintero, largas cartas con su grafía de niña de ocho años. Con letras grandes, desordenadas, inciertas rellenaba hojas de papel rayado. ¿A quién escribía la abuela?", esa fue una de las primeras preguntas sin respuestas de mi niñez.

Cada día, Pino, el cartero, pasaba por la casa de la abuela. La saludaba. Charlaban un poco. Bebía una copita de licor de fruta (yo, que desde niña soy una romántica, pensaba que el cartero estaba enamorado de la abuela pero jamás tuve confirmación de mi sospecha). Pino, cada semana, junto a las cartas le entregaba un folletín y, como si fuera un precioso regalo, le decía sonriendo:



-Aquí está, señora Giudita, el nuevo capítulo de vuestro libro preferido, "Arrojada en la noche de su boda-novela de amor y de dolor." Usted y Tío Tita estaban esperándolo, ¿verdad?

La abuela sonreía y lo guardaba con cuidado en su mesita de noche.

Era un folletín ilustrado con láminas en la portada. Las ilustraciones me encantaban. Los caballeros eran guapísimos, elegantes. Siempre vestían uniformes. Las damas eran preciosas, con trajes asombrosos, pero una de ellas siempre lloraba y la otra siempre se reía. Esa diferencia me afectaba, y una noche, antes de dormir, pregunté a la abuela:

-¿Por qué las damas del folletín son tan diferentes? ¿Por qué una siempre llora y la otra se desternilla de las risas?

-La que llora es buena, la que ríe es la mala-me respondió la abuela sin darse vuelta en la cama que compartíamos.

-Abuela, ¿ser una chica mala es más divertido que ser una chica buena?

-¡Nena, duérmase que es demasiado tarde!- refunfuñó la abuela sin responder. Esa fue la segunda pregunta sin respuesta de mi niñez.

Aquella noche hice un propósito: ¡sería preciosa y mala!

Cada semana yo tenía la tarea de entregar a Tío Tita, compadre de la abuela, el folletín de la semana precedente. A pesar de que aún no sabía leer muy bien, comprendía que los folletines que llegaban a Tío Tita habían sufrido un raro cambio en el transcurso de la semana. Algunas palabras estaban subrayadas en lápiz. El borde de las hojas estaba lleno de puntos de exclamaciones y de palabras escritas con la grafía de la abuela. Los folletines, por hechizo, se animaban y hablaban con la voz de la abuela. Yo miraba encantada aquellas hojas de papel fino llenas de signos más o menos incomprensibles. Sufría por no tener la capacidad de leer y poder disfrutar por completo aquella historia tan seductora.



Una tarde le mostré los folletines a Silvia, la más culta de mis amiguitas. Silvia cursaba el tercero año de primaria. Sabía leer y escribir.

-¡Son palabrotas!- dijo, y riéndose, me explicó con menudencia de detalles el significado de las palabras "puta" y "cerda", pasando por alto la palabras "muere" y "pobrecita", reputadas demasiado insignificantes.

Algunos días después, durante una riña, dije a mi hermana mayor:

-¡Putacerda!

Ella, la maldita espía, se lo contó a la abuela que de pronto me dio una bofetada

-¡Son palabras que no se dicen!

Recuerdo que pensé que las palabras eran trampas raras y que en futuro debería tener mucho cuidado, porque existían palabras que se podían escribir pero que eran absolutamente impronunciables.

Han pasado más de sesenta años de aquel verano.

No logré a ser ni preciosa ni mala. Lloré y reí, como todas las chicas del mundo. Pero, aquel lejano verano, decidí que sería una gran lectora para poder gozar de historias de amor y de dolor como aquella que había capturado los viejos corazones de la abuela y del Tío Tita.

#### **ÉCFRASIS NÚMERO 14**

**Estudiante de español**

## Insomnio



En aquel momento no comprendí muy bien qué me ocurría. Me quedaba hipnotizada cada vez que veía un libro. Algo me atraía...

Tenía siete años y como otras niñas de mi edad, todavía jugaba con muñecas. Recuerdo el día, cuando recibí mi primer libro, un regalo de un compañero de clase. Me puse muy contenta. Mientras volvía a casa ya supe que iba a pasar la tarde leyendo historias a mis muñecas en un rincón de mi pequeña habitación, al lado de la ventana, donde no había nada de especial. Sin embargo la atmósfera allí era agradable para leer: El silencio siempre reinaba aquel lugar, y cuando la luz de la luna vestía mi casa con el color de los sueños, me sentaba en una nube de insomnio, y leía, y leía, y leía...

Muchos años han pasado desde entonces. Sigo leyendo con pasión y he comprendido que no importan tanto el lugar o el momento; el placer de leer puede sentirse en todas partes.

## ÉCFRASIS NÚMERO 15

Estudiante de español

1964

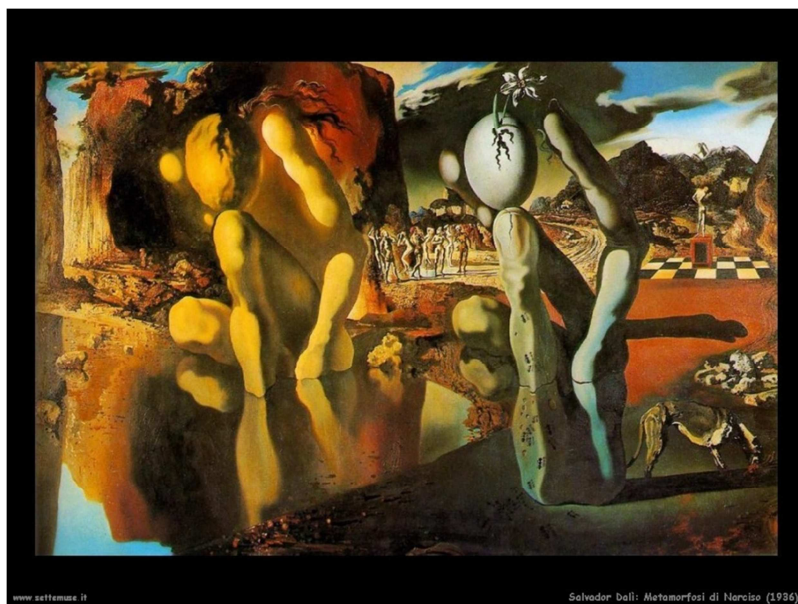


Las palabras siempre anduvieron a mi alrededor, bailando a veces, jugando siempre, con sus sonidos que a veces hasta lloraban. Mas, esa línea borrosa que hay entre la sangre y la tinta fue lo que me dio la satisfacción particular al entrar por ratos en la vida ajena. Éramos ocho manos y ocho pies que anduvieron por doquier y las páginas empezaron a llenarse.

Uno, dos, tres...

De repente habían mil y en ese momento me di cuenta que la bebé ya caminaba, yo escribía mi nombre a crayón y mis dos hermanos mayores no pasaban en la casa porque habían más historias por escribir. ¡Ah! Pero al volver ellos yo ya tenía listas mis maletas internas. Íbamos a los bosques más oscuros, escalábamos castillos y montañas y yo me enamoraba de algún príncipe no azul pero casi siempre uno que se parecía a mi papá. Pasaron los años de fantasía, misterios y mi vida cuando otra esquina del continente nos llamaba con su aire húmedo y caliente. Aunque tropezaba continuamente con mi lengua, recibía a diario el regalo infinito de otra palabra aprendida y sentía que Honduras me daba de beber a copa llena cada verso, cada palabra, y cada canción. ¿Y quién como Neruda? Había llegado sutilmente para sorpresa y maravilla mía, deleitándome con su mar, la perfección de un anillo, y la luz de un atardecer. Cuantas horas, días enteros pasé junto a él, queriendo ser yo la inspiración de su locura, la recipiente de sus versos, de sus palabras terrenales, y las sencillas caricias de su amor. Las palabras sigan andando a mi alrededor alimentándome con esta necesidad infinita de ir volando entre letras y vocablos declamando mi amor.

**ÉCFRASIS NÚMERO 16**  
**Estudiante de español**



Nos conocimos hace mucho tiempo, cuando éramos pequeños en un lugar cerca del mar, de vacaciones. Hacía mucho calor y los días eran todos iguales. Nos hemos visto en los puestos, por casualidad te paraste atraído por los colores de mi cara.

Al principio estábamos juntos solo algunos minutos y tú estabas casi siempre aburrido. Te he contado muchos cuentos y tu curiosidad comenzó a crecer poco a poco. Al final nunca me dejabas y nuestros encuentros

no tenían fin.

Hemos tenido algunas aventuras juntos, no todas de este mundo y hemos conocido a muchos amigos y muchos maestros. Alguien de carne y hueso, otro un poco más frío y con una mirada vacía, pero tenían siempre las tres leyes para cuidarnos (4).

A veces he tenido miedo; me acuerdo de cuando nos perdimos haciendo autoestop, pero teníamos una pequeña guía que nos ayudó a descubrir todos los secretos para sobrevivir (1).

También hemos pensado en el futuro, ¡claro que sí! Hemos explorado toda las distopías posibles donde grandes ojos nos miraban y hacían cualquier cosa para acabar con el pensamiento (6). A veces, después de estas fantasías tristes, tú no podías acostarte y entonces contábamos las ovejas virtuales (2).

Nos separamos durante años a causa de un traslado. Fue como si me encerrases en una caja. Además decías que las cosas que hacemos eran de niños.. lo que yo veo ahora es que todos esos cuentos son proyectados en los cines.

Me acuerdo del viaje en el desierto, muy interesante, especialmente los enormes gusanos que corrían por debajo de la arena y había la riquísima comida azul (3).

A veces hemos hecho juegos un poco violentos, sin hacer cosas malas, pero tú no has entendido de que lado estaban lo buenos y los malos, puede ser porque tenían dos brazos y dos piernas (5).

No hemos jugado solamente, también hemos estudiado juntos, la asignatura más difícil fue que inventé al viejito que sabía siempre lo que iba a pasar. Él se fue pero ha dejado una enciclopedia de todo el saber de la humanidad y tal vez aparece en la bóveda en el centro de la ciudad.. (7)

Ahora que nos volvemos a encontrar espero que podamos tener nuevos viajes y nuevos amigos

La Ciencia Ficción

(1) La Guía del Autoestopista Galáctico - D. Adams, (2) ¿Sueñan los Androides con ovejas eléctricas? - P.K. Dick (3) Dune - F. Herbert (4) Lo robot - I. Asimov (5) El centinela - A. Clarke (6) 1984 - G. Orwell (7) Fundación (El ciclo de trantor) - I. Asimov

**ÉCFRASIS NÚMERO 17**

**Estudiante de español**



## El monstruo en mi habitación



El padre Luis María Padilla ayuda a un soldado durante “El Porteñazo” / Héctor Rondón Lovera

Hay un monstruo que vive en mi habitación. No es uno cualquiera, como esos grandes y gordos que solo saben agitar sus peludos brazos pinchando con sus colas a los más despistados.

Mi monstruo es bastante singular. No está en su lista de menesteres asustar a la gente, se considera demasiado astuto como para andarse con esas frivolidades. Él es un tanto más exquisito con respecto a sus quehaceres como monstruo aterrador. Supongo que por esta misma razón es que hemos tenido tan extensas e interesantes conversaciones. Además, no es tan aterrador (físicamente hablando).

Usa un desgatado sombrero de copa y siempre anda descalzo, ya que como monstruo no necesita tener los pies limpios. Es muy alto, tanto que el pantalón de su manchado liqui-liqui<sup>1</sup> le llega a las rodillas. Pero no se pueden fiar de él, por esa razón no es mi amigo, algo que entendí desde el primer momento, cuando descubrí sus ojos como faros rojos en la oscuridad acompañados de la sonrisa más torcida de todas. Siempre sonreía con la boca bien abierta, mostrando sus enormes dientes salpicados de sangre seca, una sonrisa tan afilada que rascaba ligeramente el borde inferior de sus ojos.

Me llamo Venezia, como mi madre, por eso me conocen como: La pequeña Venezia, pero he tenido un sinfín de nombres a lo largo de mi vida, aunque eso no es importante en este momento. Apenas soy una niña, tan pequeña que nadie me nota cuando paso entre sus piernas. A mi monstruo tampoco lo nota nadie, pero creo que es porque a la gente no le gusta darse cuenta de esas cosas. Ellos prefieren ignorarme, lo que es difícil porque en realidad estoy en todas partes, evitando que el monstruo se los coma. Es un monstruo terrible con un hambre insaciable y cuando no está comiendo le gusta susurrar cosas en los oídos débiles que se rinden a sus encantos... A veces no son cosas tan graves, insignificantes jugarretas que quedan en la historia como algún mal recuerdo, pero otras veces sus juegos se salen de control o más bien resultan como él los planeó y esto lo hace en extremo feliz aunque a mí me hiera desmesuradamente.

He pensado más de una vez en encerrarlo en mi armario de madera rústica pero siempre logra zafarse de mis fallidos intentos con alguna artimaña sucia.

“Es que le he prometido a un amigo ayudarlo a construir su casa”. Me dijo en una ocasión, todo el mundo sabe que los monstruos no construyen sus propias casas pero ¡¿Cómo iba yo a detenerlo?!

“Debo ir al baño, mi pequeña Venezia, déjame salir por favor”, me rogó aquel día lluvioso.

Es bastante encantador, debo admitirlo. Siempre abre la puerta para la gente en los centros comerciales y cede su puesto a las señoras mayores, pero pierde toda educación cuando se topa con algún buen soñador, ¡le encantan! Se les monta sobre los hombros haciéndose cada vez más y más pesado, hasta que el soñador cae rendido. Es ahí cuando mi monstruo se come sus sueños. Según él: muy sabrosos.

En estos días me asomé por la ventana de una casa cansada, de esas que por la tarde parecen señoras obesas con sopor, de paredes agrietadas y techo de zinc; allí sobre la cama sin dosel estaba una madre con su hija, la mujer le leía una historia sobre un conejo muy sabio y un tigre astuto pero tonto<sup>2</sup>. Me pareció divertidísima y útil al mismo tiempo, ya que al monstruo no le gustan, le lastiman los oídos.

Hoy el monstruo no estaba por ningún lado, al parecer el cuento le había molestado un poco más de lo que yo había imaginado. De todas formas recorrí sus lugares preferidos para no dejar nada por alto. Le gustan los hospitales porque puede roerle los dedos a los pacientes en coma sin problema alguno (un mal hábito que adquirió como monstruo para la inquisición). También le gustan los cementerios, pero solo si se está celebrando algún funeral, ya que las lágrimas de la gente son suficientes para aplacar su sed por tres días. Caminé un poco más, deteniéndome a saludar un niño que curioso notaba mi presencia, jalando de la chaqueta de su padre mientras me apuntaba extasiado. Entonces escuché una fuerte detonación seguida de un punzante dolor en mi nuca, mi cabeza empezó a dar vueltas al igual que el resto de mi cuerpo, deshaciéndose como un alfajor aplastado.

“¿Acaso estaba muriendo?” Me sentí tan cansada y vieja, tan maltrecha, que apenas pude contener mis lágrimas; ya en el suelo vi entonces cómo éste regurgitaba sangre tibia y espesa, y cómo corría calle abajo, ahogando todo a su paso, arremolinándose en los tobillos de la gente que se negaba a abrir los ojos. Vi como de ese mar surgían aquellos cuerpos inertes que parecían haberse olvidado, cómo flotaban hinchados mostrando sin pudor alguno sus heridas de batalla, cómo eran pisados por personas inconscientes y cómo eran dejados de lado por la misma gente que los vio morir.

Finalmente desvié la mirada y allí estaba él, mi monstruo, tan encantador como siempre, tan espantosamente sonriente, acariciando ligeramente la cabeza del niño que me observaba consternado.

Solo tuve un último pensamiento:

“Si yo moría, ¿quién lo protegería de ese ser tan hambriento?”

**ÉCFRASIS NÚMERO 18**  
**Lengua materna español**



Empecé hojeándolos. Miraba las imágenes, si las había, y me perdía en el sinfín de palabras que poblaban las páginas de los libros de los mayores, pensando en lo difícil que tenía que ser leerlos todos, sin aburrirse, sin caerse reventados y, sobre todo, sin encontrar ni un dibujo que permitiera tomar una bocanada de aire, descansar los ojos y la garganta. En efecto, de niña pensaba que los libros sólo se leían en voz alta. Será porque mi mamá siempre me los leía antes de que me durmiera, o bien porque la profesora de la primaria nos los leía muy a menudo. En mi caso particular la mamá y la profesora se superponían. Eran la misma persona. “¡Mamá, léeme un cuento!”, le decía acostándome. “¡Mamá, leéenos un libro!”, le gritaba en clase. Lo único es que, en este caso, se alzaban otras cinco, diez, veintiuno voces pidiendo lo mismo, con la misma intensidad y el mismo deseo. Ella se sentaba sobre la mesa y empezaba. Con los libros aprendí a escuchar. ¡Cuántas historias escuché! No he parado nunca de repetir, de vez en cuando, el refrán del pajarrito valiente y curioso: “¡Cipi, cipi quiero salir de aquí!”. Y todos nosotros queríamos ser una nueva Matilda, con su magia y con su precoz capacidad de leer cualquier libro, incluso los de los mayores, los repletos de palabras palabras y palabras, sólo con cinco años. Incluso nos habría gustado tener a una Trunchbull como profesora, para un día solamente, esto es cierto, para hacerle lo que Matilda le hacía en el libro. Si algunos de mis gatos se llamaron Zorbas, esto se debe a mi mamá que nos leyó “Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar”. Con los libros aprendí a llorar por la conmoción. Una conmoción escuchada.

Pero pronto me tocó a mí. Leer, digo. Con los libros aprendí a leer. Leía en voz alta, antes, y después en mi mente. Aprendí que daba gusto leer a solas consigo mismo. Que las imágenes que faltaban en las páginas se dibujaban en el cerebro. Y el cerebro las enviaba a los ojos. Es como verlas debajo de las palabras, esfumadas, tímidas, pero con todo lujo de detalle, ¿no os parece?. “Los muchachos de la calle Pál” lo leí con mamá a mi lado, mientras ella leía un libro suyo, para mayores. Fue el primer libro que me hizo llorar. Con los libros aprendí a llorar por la conmoción. Una conmoción leída. Observada. Vivida.

Con los libros aprendí que, aunque no haya dibujos que nos otorguen esa bocanada de aire que de niños necesitamos, los dibujos los encontramos de todas formas. Basta con imaginarlos y ellos aparecen y nos llevan. Basta con dejarnos llevar.

Y yo a veces sigo viéndolo en su árbol. “¡Cipi, cipi, quiero salir de aquí!”



"Ritratto di uomo e bambina" de Louisa Starr Canziani

Esta es la historia. Hace muchos años, un día de domingo de fin de abril, mi tío me miró con sus profundos ojos negros y me dijo: "Tengo que hablar contigo, cara a cara". Yo tenía solamente ocho años y lo quería mucho pero él, que siempre me había parecido hermoso, de repente me pareció inmenso, lejano, y por primera vez tuve la impresión que se había vuelto divino. Cuando me quedé sola con él - todos se habían ido - mi tío se sentó en su antigua butaca oriental y, sin mirarme, me dijo: "No tengo hijos. Cuando muera, esta casa con su biblioteca de cien mil libros será tuya, también serán tuyos el jardín y el caminito que llega a la playa. Pero, ahora soy vivo, felizmente...." y solamente en aquel momento me miró. De repente tuve miedo. Continuó hablando. "Hay algo que quiero darte ahora, sin esperar".

Se levantó, caminó hasta una librería, sacó algo que no pude ver y me ordenó acercarme. Sobre el escritorio había un libro con la portada de terciopelo. Mi tío lo rozaba con la punta del dedo y yo miraba encantada su anillo negro con un perfil masculino: nadie conocía la historia de aquella joya de la época romana aunque toda la familia decía que era un regalo de su amante portuguesa. "No es un libro común, pero tampoco tú lo eres...." por primera vez mi tío sonrió. En aquel momento yo sentía una extraña desconfianza en él pero, cuando me ofreció el libro, lo agradecí y traté leer una página. Las letras, que eran escritas con tinta amarilla, antes mis ojos se confundían y no pude comprender nada. Pero, poco a poco, casi sin darme cuenta, empecé a leer sin esfuerzos la fascinante historia de una niña de ocho años y del libro mágico que le regaló su tío. El tío era un gran brujo pero, como todos los brujos verdaderamente potentes, no lo parecía, nadie sospechaba de él. Siempre había cumplido el papel del hombre llamativo, elegante y, por supuesto, de gran éxito con las mujeres. Pero el libro me contaba otra historia, la de un hombre y de sus secretos, su búsqueda de las leyes cósmicas que reglan la vida de los seres humanos. No me acuerdo si hice preguntas, pero me acuerdo que de repente llegó su hermana, mi mamá: "¿Qué estás haciendo, querida?"

"Nada, mamá, estoy simplemente leyendo un libro".

"¿Es interesante?"

"No, no mucho".

Mi tío, calladísimo, me miraba. Cuando mi mamá se fue me dijo: "no hables con nadie de mi regalo, nunca". Esta es la primera vez que cuento la historia, después de cuarenta años. Mi tío todavía vive y cuando nos encontramos hablamos siempre del libro, como enamorados. Ayer le confesé: "no puedo vivir sin leerlo. Pero no logro comprenderlo completamente, siempre me cuenta algo nuevo".

Mi tío sonrió: "Todos los grandes libros son así".

## Mi primer libro "Harù la japonesita"



La primavera siempre me trae recuerdos de mi infancia y de mi primer libro.

En el pueblo de montaña donde vivía cuando era niña en los años cincuenta, la maestra y otras personas poseían libros y casi nadie tenía aquellos para niños.

Cuando cumplí cinco años, mi tío Gino me dio un pequeño libro para niños titulado "Harù la japonesita." Este librito ha sido para mí de un valor infinito que me acompaña todavía.

Como todos los libros para niños tenían pocas páginas,

imágenes de colores y el texto corto y simple.

El libro describía que la pequeña Harù pasaba las tardes de primavera admirando y cuidando las flores de durazno. La piel de su rostro era blanca como la leche y los labios rosa delicado, en forma de corazón. Llevaba un kimono estampado con mariposas y flores coloradas. Su rostro estaba adornado con cabellos recogido con horquillas de madera. En su mano sostenía un rastrillo pequeño y una regadera de color verde.

Celosa de este regalo lo compartía solo con mi abuela Gigia. El lunes por la tarde cuando mi abuelo Bernardo fue al mercado, mientras que ella estaba fumando feliz delante de la ventana de la cocina, me senté frente a ella para escucharla. Incansable leía el cuento y comentaba sobre las bellas imágenes. En poco tiempo me lo aprendí de memoria.

Este librito lo llevé conmigo el primer día de clases, cuando la maestra me preguntó si sabía leer le dije que sí y con el dedo fingiendo de leer, recité la historia de Harù.

La maestra me preguntó "¿Ya sabes leer María?". Y yo respondí: "Sí, yo puedo leer pero sólo este libro." La maestra se rio alegremente.

La sencilla historia y la armonía de las imágenes en parte, influyeron en mi vida.

El color rosa de los delicados pétalos siempre han sido mi color preferido. En la fiesta de carnaval me vestía siempre como una chica japonesa y en la primavera una rama de flores de durazno siempre embellecía el ingreso de mi casa.

Lo que me gustaría hacer es ver los verdaderos jardines japoneses en la primavera con los árboles de durazno en flor.

¿Quién sabe, me pregunto se algún día podré realizar este sueño?

**ÉCFRASIS NÚMERO 21**

**Estudiante de español**



## En busca del tiempo perdido



Nosotros, ciudadanos del mundo contemporáneo, somos famosos por no tener tiempo. Tenemos que hacer muchas cosas y el tiempo nunca es suficiente. Con demasiada frecuencia me olvido de hacer las cosas que más me gustan.

Mi sentido del deber es tan fuerte que a menudo tengo la sensación de perder mi tiempo libre porque el deber me llama. Cuando necesito encontrar un poco de tiempo perdido me refugio en un lugar que se llama Bistrot del tiempo encontrado. Es un pequeño bar de Milán, un lugar mágico que todo ávido lector debería conocer. Es mi lugar favorito para leer porque allí puedo combinar mis dos grandes pasiones: los libros y el café. Una alquimia perfecta para escapar de la frenética rutina.

Lo especial de este bar es que combina la literatura y el placer. Creo que no hay nada mejor que tomar un café rodeado de libros. El Bistrot del tiempo encontrado es un ambiente muy tranquilo y relajado. Hay mesas de madera, sillas de diferentes colores y sillones, un lugar muy peculiar que me recuerda a los bares bohemios parisinos.

Normalmente elijo una novela clásica, como los libros de Hemingway que es uno de mis escritores favoritos, o leo uno de los muchos periódicos que ofrece el local. Me sumerjo en la lectura y me siento en paz conmigo mismo porque olvido todas las preocupaciones.

A veces me gusta sólo mirar los libros dispersos por todas partes, leer en las paredes citas literarias o me pierdo en el sonido de la música del bar y en la luz que filtra a través de los grandes ventanales.

En este lugar tengo tiempo para hacer de todo, pero sobre todo para leer y hablar con otros lectores. Este bar está siempre lleno de gente: madres que acompañan a sus hijos a la escuela por la mañana o los estudiantes por la tarde con computadoras y libros.

El Bistrot del tiempo encontrado es también un espacio donde se puede hablar de libros, ver exposiciones de pinturas y fotografías o hacer escritura creativa y cursos de literatura. Un bar donde alimentar el alma y mantener viva la literatura y eso es lo que más me gusta.

No sé si en este lugar encuentro de verdad mi tiempo perdido, pero seguro que me pierdo en el tiempo de los libros y con ellos paso siempre un buen tiempo.

## ÉCFRASIS NÚMERO 22

Estudiante de español

## La biblioteca de mi tía



Era una niña cuando descubrí por casualidad una biblioteca en la casa de la playa de mi tía. No parece real, a mí me parece estar en un cuento donde se descubren pasadizos secretos. A pesar del olor a rancio me encanta pasar el tiempo allí leyendo mis novelas favoritas, es mi refugio.

Ese día mis padres me buscan durante horas y horas, a la hora de cenar vuelvo y digo que he estado toda la tarde jugando en jardín. Ellos no saben nada de la biblioteca escondida.

En los años no cambia nada, todavía tiene el olor que me recuerda a mi infancia y sigue siendo mi refugio.

Empecé a leer allí y sigo haciéndolo.

**ÉCFRISIS NÚMERO 23**

**Estudiante de español**

## El paso del tren



Cuando era una niña pequeña era muy curiosa y me gustaba mucho aprender cosas nuevas. Puede ser que por esta razón a los cuatro años ya sabía leer y escribir.

Mis primeros recuerdos con un libro son en la casa de mis abuelos.

El primer libro que me leyeron fue "Guarda e scopri gli animali della casa e del giardino", un libro que describía las características de los animales domésticos. Me lo leía mi abuela. Escuchaba siempre con mucha atención: cuando ella omitía una palabra o una frase yo la corregía de inmediato.

Mis abuelos viven en una casa en la colina, en cerca de la pequeña ciudad donde vivo. Desde esta casa se ven todas las ciudades y las montañas de alrededor.

En verano salía al balcón y leía sin distraerme por ninguna razón, excepto por el paso del tren. Me encantaba ver el tren que pasaba, y ¡en cuanto aparecía jugaba con mi abuela a adivinar cuántos vagones tenía!

Ahora, todavía, me gusta mucho leer, especialmente en verano al aire libre, y sigo queriendo a los animales domésticos.

ÉCFRASIS NÚMERO 24  
Estudiante de español

## Un bicho raro

-¡Eres un bicho raro!- Eso es lo que me dicen.

Es por lo del fútbol. A mis compañeros no le parece normal que a un chico de nueve años no le guste darle patadas a un balón, volcarse en el barro, pelearse con los demás y volver a casa sucio y sudoroso.

Incluso los grandes dicen que soy un niño difícil y se preocupan por mí, porque piensan que tengo pocos amigos y nunca juego al aire libre. A veces mis padres me llevan al parque con mis hermanos, pero yo me traigo un libro y me pongo a leer en mi sitio favorito: tendido en el césped a la sombra de un roble.

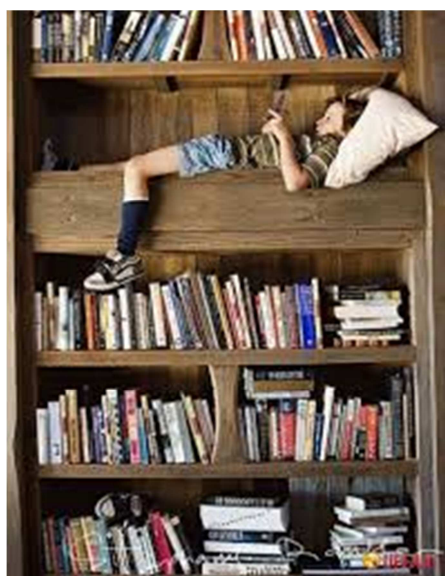
-Es que estoy inquieto por él- le comentó un día mi padre a la maestra Luisa. -No hace nada más que leer.

-Pues, no hay de que preocuparse, señor Gomez- contestó la maestra, abriendo en una sonrisa sus labios suaves pintados de rosa. -Piense en Leopardi, el famoso poeta italiano, que de niño se pasaba todo el día leyendo y estudiando. A lo mejor, ¡también su hijo va a convertirse en un gran escritor!

-Pero, señorita Luisa, ¿Se da cuenta usted de que Leopardi fue una de las personas más infelices del mundo? No es eso lo que quiero para mi hijo.

Pero yo no, yo no soy un chico infeliz.

Es más: creo que mi vida es de lo más interesante. Son ellos los que no entienden que la vida de los libros es tan apasionante como para olvidarse del aburrimiento de la vida real, tan monótona, en la que nunca



pasa nada extraordinario. Yo tengo mucha suerte, porque puedo vivir un millón de vidas, viajar en el tiempo, combatir contra dragones, hechizar con un sortilegio a mis enemigos, salvar a doncellas en peligro, volar sobre una escoba o cabalgando a Fújur y ganar una fábrica de chocolate.

En cambio, mis amigos viven una sola vida: mamá, papá, la escuela, los deberes, la tele y, por supuesto, el fútbol. Y nada más.

Pero hoy hay partido en mi colegio. Todos los alumnos tendrían que participar, pero yo no tengo ganas. Por eso estoy aquí, escondido en la biblioteca de la escuela, tendido sobre un estante y leyendo mi libro favorito. Estoy seguro de que la maestra Luisa lo sabe, a pesar de que yo no se lo he dicho, pero no va a contárselo a nadie.

Además creo que, si cierro los ojos bien fuerte, poco a poco el encantamiento se va a realizar: me volveré liviano, transparente, y finalmente desapareceré en las páginas del libro, protegido por los

caballeros de la tabla redonda, escondido en la gruta del rey del trueno, invisible gracias a un anillo o bajo una capa. El entrenador nunca me va a encontrar.

Y aquí me quedaré, en el mundo de la Fantasía, escondido para siempre.

O, al menos, hasta que termine el partido.

## ÉFRASIS NÚMERO 25

Estudiante de español

## Por amor a los libros que tienen la fuerza encantada de una tormenta de nieve

Descubrí el placer de las palabras el día que cumplí cinco años. Por mi cumpleaños me regalaron “El Principito” y un abrigo de primavera color rosa bombón. Todavía no sabía leer pero ya tenía muy buena memoria. No fue necesario que me contaran la historia dos veces...yo la contaba a todos, y a todos les daba un papel. Mi padre era el aviador, mi hermano el hombre de negocios que cuenta las estrellas porque siempre contaba su dinero. Estaba muy claro que el principito era yo porque solo yo tenía el pelo rubio y un poco rizado; detrás de nuestra casa había un jardín con rosas; tenía un perro que se llamaba Principita – ¿y en el fondo un perro es igual que un cordero, no? “Lo esencial es invisible a los ojos”... ¡y tenía también un abrigo rosa bombón! ¿Cuál es la relación entre el principito y el abrigo rosa, que además es rosa bombón? “¡La relación es evidente! ¿no? ¡Despierta! ¡Es su costumbre, se viste así! ¡Es chulo!...Bueno, por favor...dibújame un cordero...”

A 22 años, después de unos años de cursos de dicción a escondidas (mi devoción por las palabras no le gustaba a mi madre cuanto a mí) fui aceptada en la escuela de teatro y empecé un camino gozoso. Es así que encontré por azar el libro más importante de mi vida. Fue una revelación...me enamoró después de un rato. Se llama “Mistero Buffo”. Cuando se habla del placer de jugar con las palabras... ¡como él nadie! Mis profesores me sugirieron ir a estudiar con “ÉL” después de mis años de estudio de teatro, pero en esos años Internet no existía, y nadie sabía dónde enseñaba el maestro italiano. Así, mi novio y yo decidimos ir



de vacaciones a Italia, “quién sabe... ¡Ojalá el señor Fo esté trabajando en un teatro!”

Me habían avisado de los robos, así que le di todo mi dinero a mi novio.

El mismo día mismo que pusimos los pies en Roma, en el mes de agosto, llamé por teléfono con mucho entusiasmo y gran alegría a todos los teatros más importantes de la ciudad.

-¡Hola! Soy una estudiante canadiense ¿sabes dónde está Dario Fo?

-¿¿Quién??...no, no sé nada, soy la señora de

limpieza... ¿es una broma? ...ma vaff...!!!

Después de un rato, cansados de buscar fichas telefónicas, decidimos continuar con nuestro viaje. Un viaje increíble... Fuimos también a Grecia, y regresando por el sur de Italia mi novio me anunció que no teníamos más dinero. Se lo había “bebido” todo mientras yo dormía por la noche. Sin comentarios. Mi madre nos envió dinero al único lugar donde era posible: A American Express en el centro de Milán. Hicimos auto-stop, y tuvimos mucha suerte. Los italianos son muy generosos, nos han dado de comer, un sitio para dormir... ¡Ya, son muy generosos, incluso cuando masacras su idioma te comprenden! Por fin, un grupo rock muy

famoso que yo no conocía nos llevó desde Porta Romana en un Mercedes blanco...a doscientos kilómetros por hora. Nos dijeron que compráramos los billetes del tranvía en el estanco de enfrente. Atravesando la calle, pasé por delante de alguien, un hombre alto y un poco gordito, con poco pelo, canoso, y que caminaba de forma un poco torpe, nariz respingona .... Lo miré fijamente. Él me miró y me sonrió.... ¡con un montón de dientes! Al final del cruce peatonal me volví...seguía sonriéndome. Había visto a Fo solo en una fotografía: llevaba una máscara de arlequín y con la boca bien abierta se estaba comiendo un mosquito... sin embargo ¡es el único que tiene así tantos dientes!

- “Mira, no estoy loca ....no sé porque pero creo que este hombre es Dario Fo.”

-” ¡¡Ve a hablar con él!! ¡¡hemos venido aquí por él!! “

El señor había entrado en la farmacia. Puse el pie en la puerta y el hombre se volvió sonriendo otra vez...



-¡Hola! ¿Usted es Dario Fo? Soy una estudiante canadiense... ¡¡Quiero estudiar con usted!!  
La ventisca me trajo aquí....

## **ÉCFRASIS NÚMERO 26**

**Estudiante de español**

## La lectora conmuter



Como todos los que viven en los pueblos cerca de Milan casi todos los días llego la ciudad en tren.

Como la mayoría de los milaneses estoy siempre de prisa, tengo muchas diligencias que despachar, poco tiempo libre y intento de optimizar las horas y los minutos.

Así dado que utilizo el transporte público, el tiempo que es necesario para llegar a Milan se pone perfecto para leer; una media hora es bastante

para distraerse.

Desde hace que ero una chica que iba a la escuela en mi bolso había siempre un libro; con la mi imaginación los personajes más diferentes me acompañaban durante el viaje y yo era en todos los lugares del mundo.

No tenía mucho dinero como todos los estudiantes así que tomaba prestado en la biblioteca todos los tomos que me gustaban y aprendí a leer los libros en el tiempo del prestado.

También ahora soy una lectora conmuter.

Siempre cuando subo el vagón del tren miro si hay un puesto para sentarme o si no un sitio para estar de pie tranquila sin tener el miedo de caer a todas las paradas.

Cuando leo no oigo la gente que cotilla alrededor de mí, estoy en el lugar de la historia.

Cuando el tren está en retraso no me da mucha pena, tengo siempre algo de hacer mientras espero: leer.

Cuando la voz metálica del altavoz informa del retraso los que no leen no tienen paciencia, caminan de acá para allá su el andén y rezongan al teléfono en voz alta.

Leyendo cada viaje voy a crear una serie de capítulos con la narración del libre y a veces cuando termino un día de trabajo no veo la hora de coger el tren para leer, distraerme y encontrar mis personajes favoritos.

Una vez era tan concentrada en la lectura que me olvidé de salir del tren y perdí mi parada.

El revisor se dio cuenta que yo era en el lugar equivocado, entonces yo pensaba que tenía de pagar un suplemento por los kilómetros más recorrido, en vez el revisor viendo el tomo en mis manos me preguntó si la historia era buena porque quería leer el libro también el. Lo consijè y volví a mi pueblo con el tren siguiente y leyendo algunas hojas más.

## ÉCFRASIS NÚMERO 27

### Estudiante de español